

Si hubiera estado más atenta, Raquel casi habría podido escuchar el crujido de su vida resquebrajándose cuando aquel hombre, todavía vestido con las ropas verdes de quirófano, anunció lo que más que un anuncio fue la confirmación amarga de su presentimiento.

-¿Familiares de Manuel Bravo?

Una invasión del carril contrario por parte de un camionero algo borracho acababa de poner un figurado punto final a la vida de Raquel tal como ella la conocía, y a la de su padre en un sentido lamentablemente mucho más literal.

Raquel percibió el gesto pero no supo interpretarlo: la mano de Alfonso Camargo sobre el hombro de su madre, recién enviudada. Él de pie junto a la silla donde ella, sentada, mantenía la expresión impasible. El gesto de la mano, más de triunfo que de duelo, marcando el comienzo de una nueva vida sin la incomodidad de un marido cornudo y un socio imprescindible.

Alfonso Camargo, además de ser socio y copropietario del despacho de abogados de Manuel Bravo, no sólo

compartía con él los beneficios económicos del bufete, sino que mantenía una relación igualmente estable con la mujer de éste. Hacía años que eran amantes. Manuel lo sabía, habría sido imposible no notarlo, pero el divorcio laboral le habría salido tan costoso como el familiar, de manera que optó por cederle a efectos prácticos su mujer a Alfonso y dedicarse exclusivamente a trabajar y a cuidar, mimar y criar a su hija Raquel, quien se convirtió en el centro de su vida. Durante un tiempo Manuel temió que Raquel pudiera convertirse en un punto de discusión con su esposa, hasta que comprendió que, para su mujer, su hija no tenía ningún lugar prioritario sino que era sólo un elemento más, del que resultaba muy conveniente que él pudiera ocuparse.

Raquel no fue la única que percibió el gesto. Su tía Marta, hermana de su padre, también lo vio y ella sí supo interpretarlo. Qué bien les venía aquella muerte inesperada. El despacho pasaba a ser propiedad de Alfonso en su totalidad, y la viuda -pensaba- heredaría al menos la tercera parte de los bienes de su esposo de manera saldría muy bien parada teniendo en cuenta que todos los bienes de Manuel eran gananciales y por tanto también eran ya suyos al 50%. Y así fue, en efecto, aunque los bienes de su marido resultaron mermados y reducidos al mínimo ya que Manuel, sabiendo que ineludiblemente su mujer heredaría y no le daba la gana de hacer más rica a esa zorra, había gastado su fortuna en terrenos y en inmuebles que había puesto a nombre de Raquel y había estado viviendo prácticamente con lo puesto. No fue más que un pequeño disgusto para su madre: Alfonso cubría de sobra sus necesidades económicas; pero desde el momento en que le fue comunicada la pequeña jugarreta de Manuel, ella decidió no invertir ni una peseta más en esa hija

sanguijuela sin importarle que aún debieran pasar varios años antes de que Raquel pudiera disponer de sus bienes.

Raquel y su madre se instalaron en casa de Alfonso apenas pasadas unas semanas de la muerte de Manuel. Raquel estudiaba BUP en un colegio muy pijo en la calle de Claudio Coello. Alfonso había insistido en no cambiarla de colegio, bastante tenía la chica ya como para cambiarla, y al fin y al cabo no quedaba lejos de casa. Los fines de semana se convirtieron en un infierno. Todas sus amigas del colegio tenían siempre planes fantásticos, en los que ella sólo podía participar muy de vez en cuando, cuando Alfonso se acordaba de darle algo de dinero. En realidad Alfonso siempre fue cordial con ella, pero en alguna ocasión Raquel oyó a su madre discutir con él tras haberle dado una pequeña paga y desde entonces las pagas escasearon y fueron siempre a espaldas de su madre y tras mucho insistir Alfonso, ya que a Raquel le hacían sentirse pordiosera de prestado en una casa y en una vida que no era la suya. Sólo aceptaba de buen grado los regalos y propinas de su tía Marta, a la que intentaba ver a menudo porque además de tenerle verdadero cariño, era el único vínculo que la unía con la memoria de su padre.

Esta diferencia de posibilidades económicas respecto a sus compañeras del colegio fue distanciándola cada vez más de ellas. Ella sólo podía permitirse salir un fin de semana al mes, y se inventaba las excusas más creativas para no ir a Oh o a Pachá los viernes, o para no merendar en el Vips los sábados. Solo una vez al mes. Empezó a quedarse cada vez más aislada a la vez que se autoconvencía de que no le importaba, que estar sola era mejor que acompañada de ese manojito de pijas que tenían una vida tan diferente. Y así, convertida en la rancia rarita de la clase, Raquel

terminó BUP y COU y sacó una notaza en selectividad. Su madre ya le había dicho que no tenía intención de pagarle estudios privados, pero esta vez a Raquel no le importó lo más mínimo: por el lado emocional ya había aprendido a no esperar nada de su madre y por el lado práctico no lo necesitaba. En primer lugar porque había decidido estudiar Farmacia en la Complutense y su tía Marta le iba a pagar la matrícula y en segundo lugar porque estaba muy cerca de cumplir los dieciocho años que le permitirían vender el primer inmueble, devolverle a su tía el dinero de la matrícula y hasta instalarse en uno de los pisos que su padre había comprado para ella.

Había tomado la decisión de salir de casa de Alfonso en cuanto cumpliera los dieciocho hacía ya unos meses y desde entonces no dejaba de prepararse para el momento. Fue una de las pocas tardes que se había animado a bajar a merendar con las compañeras de clase al Vips, haciendo una pausa en la maratón de estudio para selectividad y aprovechando que en la cafetería había un magnífico aire acondicionado y en su habitación no. Sus amigas del colegio le parecían un puñado de mojigatas, pero le apetecía airearse un poco. Sentadas a una mesa llena de tortitas con nata y cocacolas light, su amiga Belén contaba al grupito cómo cada vez que salía con Pablo, su novio, acababa pareciendo el limpiaparabrisas de un coche de tanto impedir que él le tocara las tetas.

-¿Y por qué no te lo tiras de una vez y dejas de darle largas, niñata reprimida?

Era la primera vez que Raquel abría la boca en toda la tarde.

-Te has pasado, Raquel -dijo Pili-. Si Belén quiere guardar su flor, Pablo tendrá que aguantarse.

-Si, te has pasado, Raquel -dijo Belén-. Por mí te puedes ir a la *eme*.

Raquel soltó una ruidosa carcajada y casi llorando respondió:

-¿La flor? ¿La eme? Pero vosotras ¿sabéis cómo se llaman las cosas o habláis en clave? ¡Que parecéis el tío del chiste, el de veinticinco años que va a confesarse de que se toca la pilila y el cura le dice que ya se podía tocar la polla!

-Eso ha sido una grosería. Creo que será mejor que te vayas.

-Sí, ahora mismo -dijo Raquel-. Ahora mismo me voy a ver si me encuentro con tu novio y esta vez no le digo que no.

Salió del Vips con sensación de punto y aparte. Como siempre, acudió a su tía Marta, quien la dejó llorar tranquila, sin atosigarla, hasta que Raquel quiso explicarle el motivo de sus lágrimas.

-Es como si desde que murió papá yo hubiera estado siempre en el sitio equivocado, con la gente equivocada: en casa de Alfonso de prestado, sin ser nada suyo, en el colegio donde soy un bicho raro, no soy ni niña bien ni barriobajera, no tengo ni una sola amiga, los chicos de mi entorno salen huyendo en cuanto me conocen un poco mejor. Estoy viviendo una mentira, tía, necesito encontrar mi sitio, mi vida, mi verdad.

-Echas mucho de menos a tu padre ¿verdad, cariño?

-Claro que le echo de menos.

-Nunca me hablas de él.

-Es que en estos años, tía, me he dado cuenta de que sobre la muerte de alguien querido no se puede hablar con nadie. Bueno, con un psiquiatra sí, pero pagando, claro.

-¿Qué estás diciendo, tesoro? Conmigo puedes hablar de lo que tú quieras, creí que lo sabías...

-No es eso tía. A veces tengo muchas ganas de recordar a papá con alguien o de hablar de lo mal que me siento por haberle perdido y no haber podido pasar más tiempo con él. Sé que contigo puedo hacerlo, pero tú eres probablemente la única persona en el mundo que comparte conmigo el dolor por su muerte. ¿Cómo sé yo que no te estoy haciendo daño al hablarte de él? Se me ocurre que puede ser que el momento en que yo más necesito hablar es justo cuando tú estabas un poco mejor y que por sacar yo el tema te vas a poner triste de nuevo. Por eso no puedo hablarlo con nadie, porque con otras personas no me entenderían y no es cuestión de darle la lata a nadie y a ti no quiero hacerte daño.

-Raquel, prométeme que me vas a hablar de lo que sea cuando lo necesites. Yo añoro a mi hermano, estábamos muy unidos. Y tú, cariño, eres lo poco que me queda de él. A mí también me gusta recordarle y estar ahí contigo para cuando necesites hablar de tus sentimientos.

-Se me hace muy duro, tía. Todos los días amanece, oscurece, las estaciones cambian, llega el frío en invierno y se rinde al calor del verano. Toda la naturaleza ignora su ausencia, como si no importara. La tienda de la esquina sigue vendiendo el mismo pan y las cartas llegan al buzón igual que antes. Por las mañanas huele a café y por la noche me da sueño ¿Cómo es posible que haya navidad, que se celebren los años nuevos, que yo crezca y

que mundo siga girando sin él? ¿Por qué tuvo que ser mi padre el que se muriera?

Raquel lloraba mientras reprochaba la desfachatez del universo. Marta la abrazaba y la mecía como a un bebé.

-Bueno, mi niña, vamos a hacer una cosa: tú ahora date una ducha para refrescarte mientras yo llamo a tu madre y le digo que te quedas aquí esta noche. Son más de las doce y estará preocupada. Luego hablamos y vemos qué se puede hacer con tu situación. Seguro que acabamos haciendo un buen plan de acción.

Raquel asintió y se metió en la ducha. Agachó la cabeza hacia adelante y dirigió el chorro de agua helada a la nuca. Creyó oír voces: su tía Marta decía algo con tono fuerte, pero no lo llegó a oír con claridad. Cuando salió encontró una cena fría preparada en la terraza, aprovechando que empezaba a refrescar.

-¿Has hablado con mamá?

-Sí, claro -no quiso decirle que su madre no había notado su ausencia pese a lo tarde que era-. No hay problema, esta noche te quedas aquí. Y si quieres mañana, pasado y al otro, y todo el tiempo que quieras porque hasta septiembre no tengo que volver a viajar por trabajo, así que piénsate si te quieres instalar aquí conmigo el tiempo que necesites. Pero no olvides que, hasta que cumplas dieciocho, tu madre tiene que permitirlo. No tengo ganas de que me acusen de secuestro ¿sabes? No creo que se ponga, pero no tendrás más remedio que plantárselo.

Fue aquella noche cuando Raquel decidió que ya era hora de salir de casa de Alfonso. Estaría con su tía Marta hasta

cumplir dieciocho años y, una vez mayor de edad, se instalaría por su cuenta en un apartamento propio, cuando pudiera disponer a su antojo de la pequeña fortuna que había heredado de su padre.

-Buenas noches, sobrina.

-Buenas noches, tía.

Raquel apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos. Estaba agotada. Rebuscó en el bolsillo delantero de su mochila hasta encontrar las llaves de casa. El portal estaba abierto. Empujó la pesada puerta de hierro y cristal y notó el frescor del portal en penumbra. Subió los tres escalones alfombrados hundiéndose en el felpudo marrón, grueso y mullido que deformaba sus pasos. Pedro, el portero, estaba leyendo el periódico y la saludó con una sonrisa radiante. Ella le devolvió el saludo. Raquel subió en ascensor hasta el quinto piso. Era un ascensor antiguo que hacía ruidos al pasar por cada planta, aprisionado en el hueco de forja de las escaleras. Como siempre, respiró con alivio al salir de la cabina y pisar el suelo de mármol del descansillo. A pesar del calor del verano, en la escalera hacía fresco. Abrió la puerta con su llave. Dejó su mochila en una de las dos butacas del recibidor y se dirigió hacia la cocina para buscar agua fresca de la nevera. El suelo de madera crujía a cada paso bajo sus pies. De pequeña siempre había intentado desafiar a aquel parquet espigado tan quejica, sin conseguir nunca llegar a su habitación en silencio. A pasar por el salón oyó que la llamaban por su nombre.

-¡Raquel, hija! ¡Cómo te he echado de menos!

-¡Papá! -Raquel corrió a abrazar a su padre-. ¡Papá, no me lo puedo creer, eres tú!

A Raquel le latía fuerte el corazón. Manuel estaba en el salón, revisando unos papeles del despacho con fecha muy atrasada. Todavía llevaba puesto un traje de ir trabajar, pero se había quitado la corbata en un intento de mitigar el calor.

-Parece mentira, la cantidad de trabajo atrasado que tengo. ¿Es que Alfonso no ha hecho nada en mi ausencia?

-¿Qué haces aquí papá? ¿Cómo es que estamos en nuestra casa? Tu te habías muerto, yo estuve en tu entierro, ahora vivo en casa de Alfonso...

-Ya pasó, Raquel, ya pasó. Es verdad que me morí, pero resulta que se trataba de un error. Me sacaron después de un par de días y se disculparon mucho por haberme enterrado vivo.

-¿Te enterraron vivo? ¿No estabas muerto?

-No, no lo estaba. He vuelto y ahora todo va a ser como antes.

Raquel iba a estallar de felicidad. ¿Cómo podía haber errores tan terribles? Su padre vivía. Su duelo había terminado.

-¡Estás vivo! -gritó a pleno pulmón.

Notó una mano en la frente y un pañuelo en los ojos.

-Raquel, cielo, despierta -Marta encendió la lámpara de la mesilla de noche-. Mi vida, estás gritando en sueños.

Raquel respiró hondo para animarse a retomar el contacto con la realidad, bebió un sorbo de agua y volvió a dormirse, deseando con todas sus fuerzas retomar el sueño

que por unos momentos le había devuelto a su padre.